

Plataforma  
Ficción

VERENA BOOS



NARANJAS  
de SANGRE

Novela ganadora del Mara-Cassens-Preis  
por el mejor debut literario en Alemania en 2015

# Naranjas de sangre

Verena Boos

Traducción de  
Francisco García Lorenzana

Título original: *Blutorangen*, originalmente publicado en alemán, en 2015, por Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe- Institut which is funded by the German Ministry of Foreign Affairs.



Primera edición en esta colección:  
mayo de 2017

Verena Boos: BLUTORANGEN. Roman  
© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin 2015  
© de la traducción, Francisco García Lorenzana, 2017  
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017

Plataforma Editorial  
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona  
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14  
[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)  
[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17002-58-9

Realización de cubierta:  
Grafime y Ariadna Oliver

Diseño de cubierta:  
Ariadna Oliver

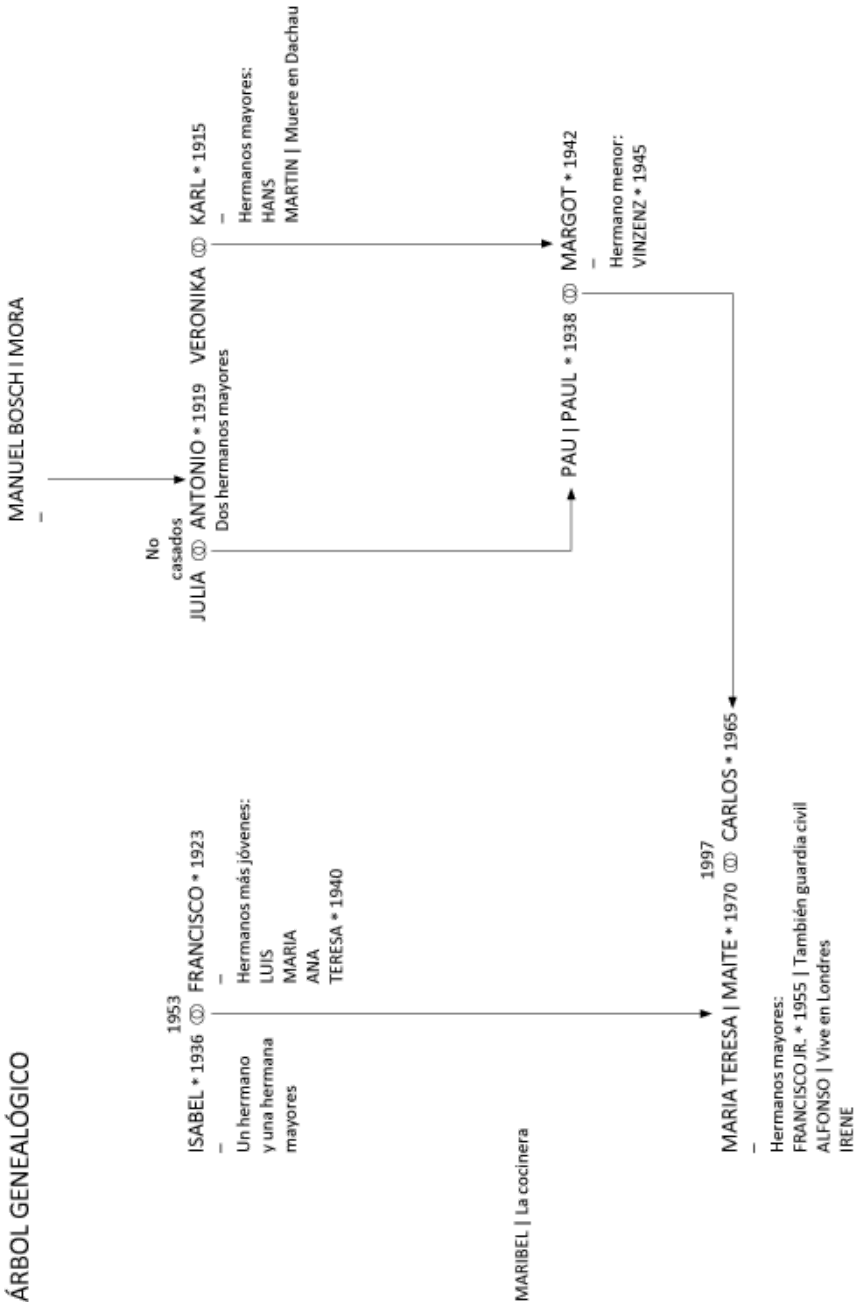
Composición:  
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Empathy is, first of all, an act of imagination, a storyteller's art.*

REBECCA SOLNIT

ÁRBOL GENEALÓGICO



I

LAS SITUACIONES DEL PAÍS

## CERO

*Agosto de 2004*

Allí yacen siete. Enseguida los van a sacar.

Se hace el silencio. Ha llegado el momento de hacer un descanso. Ahora suben los arqueólogos con sus cajas de cartón y entonces la fosa vuelve a quedar vacía.

También para ella ha llegado algo parecido a un final. Está muy tranquila. Se pone en cuclillas y se deja llevar por el agotamiento. El cielo tan grande, la tierra tan poderosa. La mirada se desliza sobre el secarral del paisaje, ve cómo se levanta polvo del suelo y siente cómo quema el sol, escucha cómo se agota el tiempo.

Un ramo de claveles yace con una foto en el fondo de la fosa. Cuando suben la primera caja, alguien entona una canción, a la que se unen poco a poco todos los presentes, la tonada devuelve la vida a los muertos. Este momento es el ojo de un remolino temporal, que abarca desde el *big bang* hasta el final de todos los tiempos. Estos sesenta y cinco años durante los cuales los asesinos pudieron ocultar su injusticia no serán nada más que un temblor, una sacudida en el rostro de la tierra.

Vibra el teléfono que lleva en el bolsillo del pantalón. Lo toca a través de la tela y rechaza la llamada.



No se ha inscrito en el libro de huéspedes, que se encuentra sobre una mesa destartalada, ni se ha dejado filmar en vídeo. Debe encontrar otras palabras, otro lugar. Cuando hayan terminado aquí, llamará. Quizá sea bienvenida, se siente esta noche a su mesa, encuentre las palabras.

El teléfono vuelve a vibrar de inmediato. Se levanta y se traslada bajo la sombra de la encina y allí reconoce el número de sus padres en Valencia. Duda demasiado tiempo. Casi no se acuerda de sus voces. Vuelve a la fosa y se pregunta dónde habrán conseguido su número.

Si en su casa le preguntan qué ha estado haciendo aquí, les va a contestar que hemos desenterrado a vuestros muertos. Que han celebrado la vida de los que yacen aquí y de los otros, los que han seguido viviendo. Aquí se ha ensuciado las manos y al final ha cumplido con su deber. Ha llegado el momento de reservar el terreno y construir su propia casa. Él deberá cargar personalmente con su culpa. Tiene la sensación de que se ha vuelto más permeable. Los callos han reventado, un trabajo de rodillas, posiblemente por eso está tan cansada. Ella forma parte de esta historia. Se ha abierto paso a través de ella.

Vibra por tercera vez. Se aleja de los vivos y de los muertos. Bajo la encina responde a la llamada. A la sombra se apoya en el tronco, se masajea el tobillo sensible a los cambios de tiempo y contempla cómo la mariposa tatuada bate las alas ante la voz de su hermana.

Es mal momento.

La voz en la línea salta, ahogada por las lágrimas, pero aun así cortante: contigo siempre es mal momento. Pero en la vida no se trata solo de ti, ¡cabrona!

Su hermana ha aumentado su vocabulario, debe ir de caza por territorios ajenos.

Y entonces lo sabe.

Se mira la mano, se le ha roto una uña. Se ha ensuciado las manos y ya es demasiado tarde. El viento mece las flores, levanta polvo, recorre las páginas del libro de huéspedes y se lleva las palabras. Él se ha ido.

## LA SITUACIÓN DEL PAÍS

*Marzo de 1939*

Lo que queda: dinamita, munición, fusiles defectuosos. Todo al hoyo. Tres hombres arriba, dos abajo. Rápido. En silencio. Descargar las cajas de los carros tirados por burros. A tientas en la oscuridad. Sacar las cajas de los carros, siete pasos, ocho, entonces arrodillarse y con mucho cuidado hacerlas descender. Las cosas deben estallar, pero no antes de tiempo.

Esto es lo que había ocurrido: uno de los bombarderos italianos, que había partido de Mallorca en dirección a Valencia, sobrepasó su meta y no descargó su contenido sobre el puerto, no acertó en barcos o casas de pescadores y no le dio a la calle de la Paz, sino que llegó hasta el altiplano. Eso fue hace un par de semanas. Una historia de otros tiempos. Una bomba caída del cielo sereno. Desgarró la fina capa de hierba, hizo saltar piedras en todas direcciones. En la profundidad, una capa compacta de barro absorbió su fuerza.

Lo que absorbió una vez puede hacerlo una segunda vez. Habría sido mejor enterrarla en el bosque, pero se hubiera vuelto a tropezar con ella. Los otros lo han dejado en minoría. Las cosas tienen que irse, desaparecer por completo, de manera que acaba en un agujero en los campos, allí podrá saltar por los aires. Nadie se acercará a ella, ni los co-

rrectos ni los equivocados. Los soldados republicanos huyen ya a través de los Pirineos. Francia e Inglaterra han reconocido a Franco, en los libros de historia se fijará muy pronto otra fecha para el final de la guerra, pero en su libro de la derrota consta el 27 de febrero de 1939.

Nadie habla. Todos tienen miedo. Ya no se confía en los pastores, ni en las ovejas, ni siquiera en la propia tierra. Las ruedas crujen por el terraplén. Él se sienta bajo la encina. Las manos heladas, la camisa se le pega a la espalda. Espera hasta que puede tener la seguridad de que el burro está de vuelta en el establo y los camaradas en sus casas. Tampoco confían en él, pero estaba dispuesto a aceptar este encargo. Hace un par de noches apareció Manolo en la puerta de atrás, un amigo desde los veranos de su infancia, un amigo que necesitaba a un hombre. También él podía necesitar una aventura. Este riesgo era una venganza ante la falta de perspectiva a causa de su padre, de su hijo, de sus hermanos, de esta vida que lo mantiene aquí.

El silencio se siente como una depresión en el tímpano. Poco a poco arrecia el viento, los ruiditos de los bichos en la hierba, el crujido de unos zapatos de cuero. Una caravana de pinos y robles sobre la espalda de la montaña oscurece la superficie gris del cielo. La tierra se extiende ancha, ligeramente inclinada. Hacia arriba, el bosque. Muy abajo, una granja.

No debería estar aquí. No en este pueblo ni en esta época del año. Valencia está llena de soldados, políticos, funcionarios que tienen la esperanza de huir. Solo ellos se esconden en los montes. Sus padres no entienden que tanto

la guerra como lo que la seguirá son más peligrosos en Valencia que aquí.

Aquí se creen seguros. El pueblo es el pueblo. No responden a sus preguntas sobre lo que ocurrirá con el bufete de su padre y lo que será de él. De qué van a vivir, si debe volver a cultivar viñas como sus antepasados. No creen que la gentuza de Franco vaya a encontrar su casita en las montañas y vaya a aplastarla bajo sus pesadas botas. La guerra ha provocado que su padre pierda la cabeza. Un hijo destruye en nombre de Franco todo lo que la República ha conseguido con tanto esfuerzo. El otro ha huido, como suele hacer, pero qué pueden hacer.

Ha quedado como único hijo de su padre y por eso resiste. Sueñan con París, Julia con la alta costura, él con la Sorbona. Echa de menos a sus hermanos y no consigue convencerse para huir.

Se pone en pie e intenta librarse del frío en las extremidades. Sopesa la granada en la mano como si fuera un libro pesado, pero se trata solo de una libra de nitramita. Hace tres años solo tenía libros en la cabeza. Ha conseguido pasar la guerra pensando y escribiendo, pero han tenido que enseñarle cómo se quita el seguro.

Le tiembla la mano. Espera que la fuerza del estallido sea suficiente para hacerla explotar, espera que no vaya a necesitar la reserva para hacer que salte por los aires la cosa, que se encuentra hundida en el lodo del agua subterránea. El seguro salta con facilidad. Desde el borde del cráter rodea un saliente en dirección hacia el bosque. Apunta y lanza.

Un estruendo, grandioso como los petardos por san José. Tres años evaporados en un solo estallido. La onda expansiva lo lanza hacia el bosque. Los árboles relucen bajo la luz de la explosión. Escucha su propio grito de júbilo.

## II

# EXPLORACIÓN